

# Carcosa

Llamil Mena Brito



*Make visible what, without you, might perhaps never have been seen.*

ROBERT BRESSON

A LA PAR QUE EL DETECTIVE RUST COHLE experimenta su última alucinación, aquella donde a través del ojo de una bóveda ve acercarse una tormenta en forma de túnel mientras comprende que su vida está por extinguirse; el destino final de *True Detective* comienza a resolverse en este último gesto que preludia uno de los momentos más hermosos de la serie, invitándonos a replantear el lugar de los

símbolos y el sentido de la vida misma desde una experiencia audiovisual rotunda. Pues más allá de los dos ejes narrativos en la serie (el misterio del asesinato y la compleja personalidad y relación de los dos detectives), en esta escena lo imperceptible y lo siniestro se asientan como un discurso que rebasa al motivo de un género, desatando una consideración donde la imagen acaba por empaparnos de sentido.

Este momento, catártico, funciona como el apéndice a una historia que en ocho horas y mismo número de fragmentos exploró distintos grados sobre la relación entre la muerte, el mito y la soledad en el contexto de una serie con rasgos de los mejores ejercicios sobre crimen, detectives y géneros oscuros que ha aportado el cine, y en años recientes, la televisión. Pero estos rasgos, que pesan desde lo narrativo en una necesidad de sabernos partícipes de una historia que nos involucra como cómplices, pueden llevarnos a reflexiones donde la carga visual por sí misma nos muestra cuán ciegos resultamos a lo evidente, a lo brutalmente frontal, algo que el detective Marty Hart ya nos había mostrado desde mucho tiempo atrás.

La complejidad de esta vertiginosa serie participa en primera e incontestable instancia en el carácter tan bien trabajado en la impecable construcción de los dos protagonistas, excelsamente interpretados por dos estrellas que antes de este fenómeno solían más bien medianas: Woody Harrelson y Mathew McConaughey. Una pareja de detectives que deben resolver el misterio detrás de un asesinato con tintes religiosos, paganos o para efectos prácticos: místicos. Un crimen que se extiende dejando ver el carácter perenne de un rito con demasiadas capas discursivas.

Una historia, un tiempo y un lugar donde la muerte nunca es suficiente para entender el grado de maldad, o si se prefiere, de misterio encerrado en una pútrida Luisiana. Por ello, resulta necesario concederle su lugar a los planos largos y ralentizados, a toda la serie de tomas panorámicas que más allá de contextualizar aportan un ritmo y una ventana plástica que navega entre una belleza extrema y un patetismo natural. Tal vez, una alucinante nueva visita al tema de la naturaleza muerta.



Resulta aventurado enunciar la premisa de una serie que ha resultado tan vasta y entusiasta en interpretaciones, como una bastante elemental. Empero, cuando en *True Detective* se apuesta por la construcción sobre uno de los más antiguos mitos, el de la luz contra la oscuridad, es entonces que esta obra se empata con una tradición milenaria. En este sentido, el reto debe pensarse mucho mayor, pues un motivo tan trascendente debe lidiar con los accidentes más naturales de la pretensión. Sin embargo, la serie destaca en su planteamiento sobre el lugar del mito y la muerte.

Resultaría negligente no destacar la construcción narrativa en el galimatías de Rust, quien empapado en Nietzsche logra ampliar la resonancia de una investigación criminal a una conciencia sobre el lugar que ocupa el infeliz ser humano en la existencia terrenal. Logrado este primer artificio narrativo, la confección visual de *True Detective* se convierte en un potente espacio donde la contemplación de paisajes ausentes de nuestra concepción de los Estados Unidos y la presencia constante y enfermiza de signos y símbolos arcaicos dibujan una poética cercana a otro “terror divino” donde el asesinato puede ser una obra humana (casi artística) que busca trascender la pulsión de muerte. En medio nos encontramos todos, en esta luz tenue y constante. Una suerte de purgatorio donde se buscan verdades perennes de lo sobrenatural basándonos tan sólo en las evidencias empíricas de un tiempo y un lugar que se pudren frente a nuestros ojos.

Aquí, donde la muerte rebasa su paradigma inextinguible y aterriza en la cotidianidad en su forma más devastadora, la soledad, los detectives Cohle y Hart aprenden más sobre ellos mismos y su relación con el mundo que sobre el final funesto de decenas de vidas innombradas. Pues nos hallamos frente a una obra donde el entorno convierte al resto de la sociedad, y particularmente a las autoridades, en cómplices de los crímenes más atroces, aquellos solventados en la idea de poderes metafísicos y motivos aparentemente más

allá de la conciencia humana; entonces, el espectáculo sobre el poder y el miedo deviene algo espiritual e íntimo, otro espacio, éste, inexpugnable y sin paisaje, donde lo siniestro se incuba en sus ciudadanos más destacados.

Pero para llegar hasta este punto, debe asumirse la responsabilidad de una complicidad con el cada vez más fascinante formato de la serie televisiva. Pues en *True Detective* se juega con las expectativas de un espectador fascinado con la capacidad —concedida por dicho formato— de ser un elemento activo en la resolución de conjeturas y juegos detectivescos; que en el caso de *True Detective* se sublima al uso y manejo de símbolos y espacios sugerentes tan primitivos y orgánicos que trascienden la historia, pues resulta una obra donde el sacrificio, la tortura y el predecible sufrimiento logran configurar un planteamiento creativo sobre la violencia, una poética sobre la muerte y sus confines místicos, pero sobre todo los pragmáticamente experienciales. Así, los árboles genealógicos, las máscaras, los laberintos, las figuras de ramas remiten a un espacio narrativo donde los rituales páganos proyectan una enfermiza y recalcitrante conciencia sobre lo oscuro; una dinámica que se empata con la necesidad de descubrir significados y nociones que nos aproximen a una verdad que se nos escapa en la estructura de ocho semanas e igual número de capítulos.

Finalmente, el efecto logrado es de una singular fortuna. Confiar devotamente en el mito, puesto que, más allá de esto, pocas cosas pueden acompañarnos en el viaje en busca de lo insondable. Pues cuanto más cerca nos encontramos de conocer una verdad, más lejos quedamos de las certezas. Aquello que compartimos en complicidad nos resultará ajeno si no existe la disposición de cotejar el hecho con la conciencia interna de nuestro lugar como seres humanos. Y esa complicidad es el mayor de nuestros pecados, al menos eso parece predicar este nuevo pastor desde un lugar llamado Carcosa. ■■